

“Esto lo he leído en el cielo”: visión martiana de la lectura y la escritura. Ensayo interpretativo

Ana María González Mafud
Universidad de La Habana, Cuba.
anagemafud@gmail.com

Luis Álvarez Álvarez
Universidad de las Artes
La Habana, Cuba.
lea@pprincipe.cult.cu

Abstract

This study aims to consider how José Martí valued reading as an immense field of cultural action, as a decisive instrument of epistemological and social liberation. José Martí's oeuvre is examined here, particularly his articles, chronicles, and letters through the lens of his theory of reading: the concepts of reading, reader, the links between writer and reader, and the relationships with social and human environments are identified. We seek to reveal and highlight his conception and practice of reading, systematically oriented towards a

deep human interrelation, not only of the reader with the text but beyond it, with the man who created it, an essential link between sender and receiver; the active and critical character that necessarily defines the reader and his participation as co-creator of the text; the cognitive and social functions of the book; the relationships between reading and writing; and Martí's perception that reading constitutes, in its essence, a fundamental cultural process, the absolute bedrock of education and the true university, which is oriented towards action in the world.

Keywords: José Martí, Reading, culture, book

Resumen

El presente ensayo se propone reflexionar acerca de cómo José Martí valoró la lectura en tanto inmenso campo de actuación cultural, como decisivo instrumento gnoseológico y de liberación social. Para cumplir tal propósito se examina la obra de José Martí, fundamentalmente en sus artículos, crónicas y epistolario. Se identifican los conceptos de lectura, lector, los vínculos entre el escritor y el lector, así como las relaciones con el entorno social y humano. Entre las conclusiones más importantes se encuentran: su concepción y su práctica de la lectura orientadas sistemáticamente a la interrelación profunda, no solo con el texto, sino, más allá de él, con el hombre que lo ha creado, en tanto un nexo esencial entre emisor y receptor; el carácter activo y crítico que debe caracterizar al lector y su participación como cocreador del texto; la función cognitiva y social del libro; las relaciones entre lectura y escritura; así como la consideración martiana de que la lectura constituye, en su esencia de proceso cultural básico, el cimiento cabal de la educación y la universidad verdadera, que es la de la actuación en el mundo.

Palabras clave: José Martí, lectura, cultura, libro

La lectura y la cultura

La lectura constituye, miles de años después de su surgimiento como fenómeno específicamente humano, uno de los procesos sociales de mayor complejidad, de modo que su definición misma sigue siendo un punto de confluencia de la actividad del hombre en el mundo. Ligada a la cultura, la lectura está igualmente vinculada a una tradición hermenéutica. De ahí que sea por completo imprescindible comprenderla, en Cuba y aun en el Continente mismo, teniendo en cuenta cómo ha ido siendo valorada por el pensamiento cultural que ha presidido la gestación de nuestra América. Y es que la lectura, como pensaba Roland Barthes de la escritura —su correlato indispensable— se basa en una *moral*, “un horizonte que separa lo prohibido de lo permitido” (Barthes 60). Es en este sentido que conviene reflexionar sobre cómo José Martí, uno de los más altos americanistas de toda la historia, valoró la lectura en tanto inmenso campo de actuación del sujeto latinoamericano.

Martí meditó frecuentemente sobre la lectura, ante todo como actividad develadora, relacionada de modo directo con la comprensión del entorno más directamente humano, de aquí que hablase de leer “la verdad de las entrañas” (Martí, vol. 1: 127), vale decir, actividad no ya gnoseológica, sino también profundamente ética. El siglo XIX en que vivió, y que todavía tiene tanto que decirnos, alcanzó, en Benedetto Croce, la idea de que la esencia del arte está en el lenguaje mismo. Martí se adelantó a la estética crociana, para subrayar que la lectura consiste en una particular identificación que permite que el escritor transmita “al lector la emoción que lo posee, con la variedad de la música, el colorido del cuadro y la limpieza de la escultura” (5: 156). De esta manera resulta evidente que la lectura, en el pensamiento martiano, no es meramente una donación —donde un autor entrega su pensamiento a un lector potencial—, sino un puente mediante el cual el lector puede transportarse a un mundo que no es meramente emocional, sino *perceptivo* en su sentido cabal, en la medida en que el lector avizora no solamente ideas e

incluso emociones, sino también el esplendor de un mundo de formas visuales y sonoras.

Por eso, en una carta a José Dolores Poyo, evidencia Martí que no solo se leen mensajes lingüísticos, sino que la lectura es concebida por él como un desciframiento del universo mismo: “Esto lo he leído en el cielo” (2: 407). Es decir, la comprensión de la realidad social forma parte de esta visión de la lectura como proceso esencial de conocimiento. Así escribe en un fragmento de crucial importancia:

En los unos, necio de libro, predomina el odio a lo popular, que es señal segura de mente rudimentaria y corazón soberbio, y puestos sobre un pedestal de libros, que cuando se estudian para bien de los hombres constituyen una verdadera aristocracia, miran con desdén a los que han aprendido su política de la vida, que es el libro más difícil de leer, y cuyas hojas no se vuelven ¡ay! sin dejar en ellas la sangre de las manos (22: 189).

Esta concepción se formula cuando la Lingüística, todavía en el umbral de su desarrollo científico, no había identificado la esencia principal de la comunicación y, por ende, de la lectura misma. Por otra parte, Martí, situado en una época en que una de las armas para defender América Latina radicaba en descubrir, consolidar y enaltecer la cultura, asume el proceso de leer como un factor de humanización fundamental, que atiende los diversos tipos de lectura y, entre ellos, la lectura literaria como impulso para el crecimiento del espíritu: “quien ni a Homero, ni a Esquilo, ni a la Biblia leyó ni leyó a Shakespeare,—que es hombre no piense, que ni ha visto todo el sol, ni ha sentido desplegarse en su espalda toda el ala” (9: 445-6). Una y otra vez ha subrayado el carácter profundamente social de la lectura, resultado de un esfuerzo colectivo, incluso en el libro aparentemente más personal y único. Por ello dice en su magno discurso “La oración de Tampa y Cayo Hueso”: “¡El trabajo: ese es el pie del libro!” (4: 301). La lectura, en su idea, no solamente tiene su apoyo en el

trabajo, sino que ella es, en sí misma, un trabajo, idea que expresará de modo directo y desnudo: “Leer es trabajar” (5: 104). Pero esa lectura, con todo y su profundo poder de humanización, tiene que ir aparejada con la vida: “Que es placer muy sabroso leer las *Geórgicas*, mas sabe mejor leerlas a la sombra del árbol bajo cuyas ramas pastan en descanso los bueyes que guiaron por la mañana nuestro arado” (14: 229). Así que, si leer es trabajar, es imperativo mayor *leer y trabajar*, identificar la lectura —labor del espíritu— con la labor directa del hombre en el mundo real.

El carácter activo de la lectura

De aquí que encontremos en Martí una aguda convicción acerca del carácter *activo* de la lectura; es ello lo que sustenta una de sus imágenes más intensas del acto de lectura, aquella en que, valorando un libro de Manuel de la Cruz sobre la guerra de independencia cubana en 1868, afirma apasionado: “[...] leer eso, para todo el que tenga sangre, es montar a caballo” (5: 179). Una y otra vez, al dirigirse a sus lectores en diversos trabajos periodísticos, les advierte que se propone conducirlos a un ámbito real, para que puedan percibirlo y evaluarlo. En este sentido, les dice en una de sus más brillantes crónicas, la referida a la construcción del puente de Brooklyn en New York: “De la mano tomamos a los lectores [...], y los traemos a ver de cerca, en su superficie, que se destaca limpiamente de en medio del cielo; en sus cimientos, que muerden la roca en el fondo del río; en sus entrañas, que resguardan y amparan del tiempo y del desgaste moles inmensas, [...] este puente colgante de Brooklyn” (9: 473).

Se trata de un modo de enfrentar la escritura —considerándola *dulce y útil*, tal como es visto el arte en la concepción de la estética clásica antigua— en tanto una manera, aunque transitoria, de vivir con intensidad. Y esta noción de la lectura como captación de la vida, marca de manera total su propia consideración de la literatura. Así, sobre un libro y su autor, Martí comenta:

Ve de una vez muchas cosas y de una vez las dice. Si copia el mar azul, su estilo, como playa normanda, resplandece; si evoca caballeros vencidos, que van por sendas lóbregas sobre rocín cansado, el yelmo roto, la mano flaca, el rostro enjuto, la evocación parece cuadro, y no página. Ve lo que hace ver. Despierta, echa a andar, empuja, enaltece, despeña a sus personajes [...] Luego de haberlo leído, queda la impresión de un paseo brillante (7: 217).

Lectura y escritura

Pero la lectura no es meramente un paseo de luces y esparcimiento. Martí la concibe como un escenario donde se ejerce una persuasión, pues los libros, como ya se apuntó, tienen una misión social y cognitiva que cumplir, y que solamente la lectura logra con eficacia “en el arte con que el autor hace que sus razones opinen por él y comienzan y llevan al lector adonde con la verdad se le desea llevar” (7: 369). Por eso alude, más de una vez, a la utilidad de leer “un libro real” (4: 31), donde se refleje la verdad de la vida y, sobre todo, la necesaria actividad cognoscente del hombre; de aquí que, en su retrato de Antonio Bachiller y Morales, Martí subraye que este escritor admirable tenía siempre el afán de “servir al lector la idea tersa y resplandeciente, en plato de oro” (5: 151). Para Martí no se trata nunca de una alfabetización formal, reducida al desciframiento de unos signos gráficos: la función de la lectura es más alta, y se vincula directamente a la estatura social del hombre; por lo mismo, la lectura no existe sola, sino en vínculo de entraña con la escritura: “Saber leer es saber andar. Saber escribir es saber ascender” (7: 156). De modo que lectura y escritura son forja del alma: “Una escuela es una fragua de espíritus; ¡ay de los pueblos sin escuela! ¡ay de los espíritus sin temple!” (7: 156). Por lo mismo, la lectura es considerada por él en su integración con la escritura:

El que padece escribiendo, por dar fuerza a lo que pinta y transmitir al lector la emoción que lo posee, con la variedad de la música, el colorido del cuadro

y la limpieza de la escultura; el que sujeta el arranque de la expresión, que busca por lógica el nivel de la impresión y es falsa cuando no se ajusta a ella o no la trasmite en el grado y vigor en que la siente; el que con la naturaleza por modelo, aspira a poner en el lenguaje que la describe el monte y el gusano; con preferencia por el monte; a asir y clavar en el papel la mariposa que vuela, el águila que pasa; a levantar con palabras, de modo que se les vea, la palma majestuosa, con sus coloquios y rumores, y el volcán chispeante, con sus tinieblas y su fuego; ese estima las dotes necesarias para el trabajo hermoso, dondequiera que las halle (5: 156).

Y solo en ese sentido integral, en otro texto suyo, afirma con la misma pasión, al reflexionar sobre todo lo que falta hacer por nuestra América: “¿Cómo se podrá hacer todo esto, y sentirse hombre y decirse que lo es, si no se sabe leer y escribir?” (7: 164). La identificación de lectura y escritura, presentes aquí y allá en el cuerpo magno de su obra, está enraizada en su visión de que la lectura verdadera tiene carácter de esfuerzo general, de labor profunda, de trabajo, en fin. La valoración de Martí siempre se enfila hacia el dinamismo de la acción cuando evalúa un libro que hable con ética y verdad sobre los problemas de Hispanoamérica: “Todo hombre debe escribirlo; todo niño debe leerlo; todo corazón honrado, amarlo” (7: 203). Y, por ello mismo, subrayó en otro momento: “Leer nutre. Ver hermosura, engrandece. Se lee o ve una obra notable, y se siente un noble gozo, como si fuera el autor de ella” (14: 392).

La lectura y nuestra Tierra

La Tierra, por lo demás, es también un objeto de lectura en su acepción lata, y esa comprensión lectora del planeta tiene que realizarse con mirada atenta y comprensión efectiva. La lectura, así concebida como entendimiento del mundo y como instrumento de humanización, lo lleva a criticar algunas universidades, en las que “es más la pompa que la ciencia, y el pelotear que el leer” (12: 300).

Su noción esencial de la lectura, pues, se orienta en una dirección fundamentalmente *activa*, en lo cual se adelantó —como en tantas otras cosas— a los patrones culturales y aun educativos de su época. La participación del lector, como cocreador del texto, fue para él una idea que se expresó con una intensidad que, para nuestra contemporaneidad, no puede sino resultar sorprendente en su iluminación irruptora, en particular la que se observa en uno de sus fragmentos: “Al leer se ha de horadar, como al escribir. El que lee de prisa, no lee” (22: 320). En esta noción de la lectura como *actividad* en que el lector es dinámico y penetrante, Martí fue, sin dudas, un precursor. Él sabía que la lectura debía ser selectiva, y que no todo texto conduce a una lectura útil; su noción, pues, de la actividad lectora implica un basamento ético que constituye su entraña misma; así, comenta el patriota cubano Francisco María González: “lector en el taller, no le lee nunca libro impuro” (2: 198). Por otra parte, en su magnífico retrato de Ignacio Agramonte, el Maestro no deja de advertir que este “Leía despacio obras serias” (4: 361), en caracterización conjunta del sentido ético de Agramonte y de su manera ensimismada de leer. De este modo, el criterio ético, como base de selección de la lectura, ha de servir también al lector latinoamericano para no caer en lazos manipuladores. Martí advierte a quienes, como él, viven en la emigración:

Y si vemos afuera, y en lo de afuera a este Norte a donde por fantasmagoría e imprudencia vinimos a vivir, y por el engaño de tomar a los pueblos por sus palabras, y a las realidades de una nación por lo que cuentan de ella sus sermones de domingo y sus libros de lectura; si vemos nuestra vida en este país erizado y ansioso, que al choque primero de sus intereses, como que no tiene más liga que ellos, enseña sin vergüenza sus grietas profundas, —triste país donde no se calman u olvidan, en el tesoro de los dolores comunes y en el abrazo de las largas raíces, las luchas descarnadas de los apetitos satisfechos con los que se quieren satisfacer, o de los intereses que ponen en el privilegio de su localidad por sobre el equilibrio de la nación a cuya sombra nacieron, y el bien de una suma mayor de hombres; si nos vemos, después de un cuarto de

siglo de fatiga, estéril o inadecuada al fruto escaso de ella, no veremos de una parte más que los hogares donde la virtud doméstica lucha penosa, entre los hijos sin patria, contra la sordidez y animalidad ambientes, contra el mayor de todos los peligros para el hombre, que es el empleo total de la vida en el culto ciego y exclusivo de sí mismo. (2: 379)

La lectura, por tanto, tiene que realizarse desde una selección cuidadosa y ética, ajena a una confianza pasiva en cualquier palabra escrita.

El lector individual

Martí valoraba los riesgos de una falta de sentido crítico en el lector individual, pero también advirtió sobre el alcance de las lecturas socializadas, es decir, las que comparte todo un amplio grupo social. También en este caso, la lectura socializada requiere de un criterio basado en la selectividad y la ética. De lo contrario, las consecuencias culturales pueden ser de una gravedad aterradora. Es significativo que Martí, al evaluar los errores de la Guerra de los Diez Años, incluya entre ellos los causados por una lectura no bien calibrada: “Grandes males hubo que lamentar en la pasada guerra. Apasionadas lecturas, e inevitables inexperiencias, trastornaron la mente y extraviaron la mano de los héroes” (4: 204). Obviamente, hay una referencia implícita a la lectura de textos que quisieron aplicar los revolucionarios de 1868 en la estructuración de la República en Armas: la aplicación mecánica de patrones políticos e ideológicos foráneos dio lugar en la época a debilidades y errores de grave importancia política. Martí, de este modo, subraya la importancia y consecuencias de la lectura como hecho cultural generalizado en un grupo social, e, incluso, una nación, en un momento histórico determinado. La lectura, por tanto, constituye para él uno de los pilares que sostienen la ideología, no ya de un individuo, sino de una nación en su conjunto. Así, al caracterizar a su amigo Azcárate, no deja de señalar lo siguiente: “Su lectura, casual aunque continua, y más varia que ordenada, fue la de apariencias, que rigió durante el último

medio siglo, en que se ha dado por definitivas las formas de la libertad que aún no lo son, y confundido los derechos invencibles con los ensayos ineficaces de su administración, que los exasperan o los merman” (4: 475). He aquí, en dos líneas, una crítica fraterna, pero fundamental, a la búsqueda superficial de modelos políticos en textos foráneos; de soluciones y estructuras, en experiencias ajenas: todo ello es, en su sistema de pensamiento, una de las debilidades básicas de la Guerra de los Diez Años. Y se trata justamente de evitar esto en el proyecto independentista del Partido Revolucionario Cubano. Por ello, también en la “Oración de Tampa y Cayo Hueso”, Martí señala los riesgos que, para la cohesión de la patria cubana, tiene la lectura parcializada y no bien relacionada con las raíces de la nación:

Mañana, cuando los desconsolados, en la hora igual del sacrificio, entrasen en él sin el amor y el agradecimiento a que se les pudo y debió traer por el cariño humano y oportuno; cuando la aspiración ignorante y pavorosa, desviada por la lectura fragmentaria o descompuesta de la piedad de su origen, trajese al combate nacional, estorbando el concierto o anulándolo con daño propio, el rencor que pudo mudarse, con un poco de anchura de corazón, en ímpetu de fraternidad invencible... , mañana se reconocería, con tardo arrepentimiento, la imperdonable culpa, que el Partido Revolucionario no quiere cometer, de ver cernirse sobre el pueblo que se ama con infinita ternura... , una guerra que puede obtener a la patria la libertad sin más trabajo que el de ordenar a tiempo sus elementos (4: 311-12)

Si la lectura integral y bien orientada hacia las raíces y esencias de la nación cubana es un aspecto que Martí considera vital para la consecución de la independencia de Cuba, la cuestión de la ética de la lectura socializada es también, por otra parte, uno de los problemas que Martí apunta en la cultura norteamericana en su relación con Latinoamérica:

Ni pueblos ni hombres respetan a quien no se hace respetar. Cuando se vive en un pueblo que por tradición nos desdeña y codicia, que en sus periódicos y libros nos befa y achica, que, en la más justa de sus historias y en el más puro de sus hombres, nos tiene como a gente jojota y femenil, que de un bufido se va a venir a tierra; cuando se vive, y se ha de seguir viviendo, frente a frente a un país que, por sus lecturas tradicionales y erróneas, por el robo fácil de una buena parte de México, por su preocupación contra las razas mestizas, y por el carácter cesáreo y rapaz que en la conquista y el lujo ha ido criando, es de deber continuo y de necesidad urgente erguirse cada vez que haya justicia u ocasión, a fin de irle mudando el pensamiento, y mover a respeto y cariño a los que no podremos contener ni desviar, si, aprovechando a tiempo lo poco que les queda en el alma de república, no nos les mostramos como somos. (3: 62)

El lector, por tanto, ha de ser un hombre activo y crítico. Pues la lectura constituye, en su esencia de proceso cultural básico, el cimiento cabal de la educación y la universidad verdadera, que es la de la actuación en el mundo. Por ello valora, en ese extraordinario discurso que es la “Oración de Tampa y Cayo Hueso”, que los emigrados cubanos, humildes obreros torcedores de tabaco, en cuyos talleres la lectura bien seleccionada es práctica constante, son “[...] graduados del taller, lectores asiduos de historia y de filosofía, que en el correr de la velada, sin el tocado de la preparación ni los abalorios y moños de la conferencia, discurren, como en ateneo de verdades, sobre el derecho y la belleza por donde el mundo es bueno, y los planes y modos por donde el hombre aspira a mejorarlo” (4: 300).

Asimismo, de la lectura cabal depende la calidad misma de la crítica literaria; de aquí sus reflexiones cuando valora a Antonio Bachiller y Morales como escritor. Vale la pena examinarlas con cuidado, porque ellas evidencian qué tipo de lectura, concentrada y amorosa con que Martí, lector, valora el texto de Bachiller:

No es mi intención mantener mi juicio, que perdurará si vale, y caerá si fue injusto, sino dejarlo escrito como es, para que él me condene o me defienda. ¿Por qué no se ha de decir lo bueno de un autor, sobre todo después de haber enumerado sus faltas y descuidos?... ¿O manda el arte de escribir negar a un escritor unas condiciones porque le falten otras? ¿O es mucho adjetivo para Bachiller llamarlo como lo llamé yo, al recapitular sus méritos “literato diligente”?

No en todas sus obras escribió Bachiller con el esmero de sus biografías y discursos; ni cultivó las dotes que como a pesar suyo resaltan en su estilo; ni puede presentársele como modelo de prosistas; pero sería injusto ocultar las sorpresas gratas del lector al recorrer aquellas páginas de los “Elogios”, donde campean con su virtud ingenua nuestros próceres; y sus “Biografías”, sentidas o indignadas. Siempre nos interesa y siempre nos cautiva. Suele sorprendernos por su elegancia y precisión que las había luego de desdénar por completo. Corre fácil el párrafo, con abundancia y número. Compara con oportunidad, alaba con fervor, increpa en períodos de aliento, donde se le ve el pensar noble, y aun algunas repeticiones y cortes de esos que dan al lenguaje animación y música... No es el arte de ahora casi perfecto, e insaciable, sino una fácil sencillez donde el abandono no obscurece la gracia, ni lo imitado y retórico deslucen lo indígena e individual. (5: 155)

Su concepción y su práctica de la lectura se orientan sistemáticamente a la interrelación profunda, no solo con el texto, sino, más allá de él, con el hombre que lo ha creado: su visión de la lectura, entonces, la asume como un nexo esencial entre emisor y receptor. De acuerdo con esta actitud martiana, la médula de la lectura, como proceso cultural, no estriba de manera exclusiva en la transmisión de información, pues, como se ve, Martí sabe que esta puede ser falsa. No, la entraña cultural de la lectura consiste en una interrelación de seres humanos, que se realiza a través de ella. Lo esencial, para el Apóstol, es “ese calor de humanidad que liga al lector con el autor del libro” (13: 312); esta noción se reitera de formas variadas en su obra; así, por ejemplo, en una

carta a Fermín Valdés-Domínguez, dice: “Aquí tengo, y he leído ya tres veces, tu alma brava y buena en tu carta última” (3: 224). De modo que la lectura es vista por Martí como un pasaje a la entraña del emisor, una puerta abierta a la más honda interrelación humana. Pero, del mismo modo, el conocimiento profundo de otro ser humano, es un contacto espiritual designado también como “lectura”, por eso le escribe a Maceo: “no son ceremonias lo que Vd. quiere de mí, sino el alma buena, activa y amiga, que ha leído en mis ojos” (3: 230).

Por otra parte, adelantándose a su propia época, advirtió que es necesario que “el lector sienta estimulado su pensamiento propio” (13: 439). Esto proyecta su idea del acto de leer como responsable y único, tan personal como la escritura y quién sabe si más aún que ella. Por ello mismo, la lectura es inherente al devenir mismo de la nación, y la cualidad lectora resulta entonces un rasgo distintivo del hombre comprometido con su patria, porque sabe que es imprescindible atender “a la necesidad de leer y escribir, por donde vive o muere la patria” (2: 198). Así, de la lectura y la escritura depende nada menos que la vida misma de una nación. Proclamar esta verdad en una época en que América Latina era vista como un subcontinente de analfabetos, era focalizar uno los problemas esenciales no de la cultura, sino de la defensa de la libertad hispanoamericana. Es notable la insistencia febril con que subraya su pasión profundamente americanista en diversos pasajes de su obra: “Y el que haya pensado en la originalidad de nuestra vida, en la lucha constante con la heterogeneidad de su formación, en la obra propia que nos demanda este propio y vigoroso continente, leerá mucho y leerá muchas veces” (7: 349). Ello significa, en buenas cuentas, que Martí identificaba con la lectura la comprensión de América.

Esta lectura, sin embargo, no es meramente la de la página escrita, antes bien, se trata de una comprensión de la lectura como *comprensión cabal* y como *selección moral*. Se trata de que comprende que “En Europa la libertad

es una rebelión del espíritu: en América, la libertad es una vigorosa brotación. Con ser hombres, traemos a la vida el principio de la libertad; y con ser inteligentes, tenemos el deber de realizarla. Se es liberal por ser hombre; pero se ha de estudiar, de adivinar, de prevenir, de crear mucho en el arte de la aplicación, para ser liberal americano” (7: 349). De aquí que el ejercicio de la libertad se vincule para él con la lectura misma, por eso comenta que los colonos puritanos que se establecieron en la América del Norte “vinieron a leer libremente en este suelo virgen de la América” (7: 349). Su visión de americanista incluye, por tanto, la necesidad de una comprensión del espacio propio, a lo que se une la urgencia de una lectura de lo americano esencial, de manera que no se corra el peligro de priorizar —como se encarga de expresar en su ensayo *Nuestra América*— el pensamiento y la realidad extranjeros, por encima de lo autóctono. De aquí que todavía en 1894, le escribe a su entrañable amigo Fermín Valdés Domínguez acerca de los peligros “de las lecturas extranjeras, confusas e incompletas”, que pueden ser respaldo “de la soberbia y rabia disimulada de los ambiciosos, que para ir levantándose en el mundo empiezan por fingirse, para tener hombros en que alzarse, frenéticos defensores de los desamparados” (3: 168).

La lectura, en suma, fue para Martí un campo de laboreo cultural de la mayor amplitud. De muchos modos definió la lectura, pero ninguno, tal vez, fue tan certero, al menos para estos tiempos oscuros que vivimos, como cuando escribió que leer “es como abrir los ojos a la mañana del mundo” (13: 458). En el momento presente, en que su reflexión sigue siendo vigente, solo cabría añadir que la lectura es un modo, decisivo tal vez, de salvaguardar para nuestras pupilas y las venideras, los hoy tan amenazados amaneceres del planeta.

Obras Citadas

Barthes, Roland. *El grado cero de la escritura*. Editorial Siglo XXI, 16ª ed., 1999.

Martí, José. *Obras completas*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. 27 vols.